



México: entre dioses, goles y eternidad

Posted on Junio 12, 2026

Por Boris Luis Cabrera

En el calendario sagrado del fútbol, donde el tiempo se mide en goles y las leyendas nacen cada cuatro años, México ha sido elegido tres veces por el destino para organizar un Mundial.

No como simple escenario ni espectador, sino como altar y guardián de la eternidad, donde los mariachis y los colores de las banderas se funden con la euforia de millones.

El sol cae como bendición en 1970 sobre el Estadio Azteca y el mundo presencia una revelación irrepetible. Edson Arantes do Nascimento, Pelé, más que jugar, reina. Su figura trasciende lo humano, convierte cada toque en arte y cada movimiento en profecía. Marca, asiste, guía, sonríe; es el fútbol en su forma más pura, mientras las gradas se llenan de cánticos, sombreros de charro y el aroma a tacos que flota en la ciudad.

En la final, el 4-1 ante Italia no es solo victoria, es consagración. Brasil alcanza la perfección y Pelé se eleva como el único tricampeón mundial, dueño de una corona que el tiempo no ha podido arrebatarse. Aquella tarde, el Azteca no fue estadio: fue trono, y México, testigo privilegiado, quedó sellado para siempre como tierra de reyes, de pasión incandescente y festejos interminables.

La historia regresa en 1986 con cicatrices, pero también con grandeza. Tras la adversidad, emerge un genio indomable: Diego Armando Maradona. No hay término medio en su figura; es caos y creación, sombra y luz, como los colores vibrantes de los murales que narran la historia del país.

Ante Inglaterra, en un mismo partido, escribe la dualidad más fascinante del deporte: la Mano de Dios, pícaro susurro de eternidad, y el Gol del Siglo, una obra maestra que desafía la lógica y el tiempo. Maradona gana un Mundial y lo conquista con su voluntad.

En la final, Argentina derrota a Alemania Federal y el Azteca vuelve a rendirse ante un dios distinto, más humano, más visceral, pero igual de inmortal. México, otra vez, escenario de lo imposible, con sus calles iluminadas de fiesta y sus hinchas coreando canciones que parecen elevar al cielo el mismo balón.

Y entonces llega 2026. El tiempo ha cambiado, el fútbol también, pero las coronas siguen buscando dueños. México comparte la sede con Estados Unidos y Canadá, pero guarda un privilegio inalcanzable: es el único país en albergar tres Copas del Mundo.

Mientras el balón vuelve a rodar, las gradas latirán al ritmo de tambores, trompetas y colores que ondean como olas, y dos nombres dominan la era moderna como monarcas mediáticos de un imperio global: Lionel Messi y Cristiano Ronaldo. Ya no son promesas ni solo leyendas deportivas; son símbolos universales, rostros de una tierra donde el fútbol se multiplica en pantallas, murales y corazones ardientes.

Herederos de Pelé y Maradona, su legado trasciende títulos y estadísticas: representan la era en que el fútbol conquistó cada rincón del planeta. El Estadio Azteca, catedral eterna, se prepara para recibir una nueva página de historia. Será el único en ver pasar tres mundos distintos, tres generaciones, tres formas de entender la grandeza.

Y en sus gradas, en sus ecos, aún resuenan los pasos de Pelé y Maradona, como si custodiaran el camino de los nuevos ídolos, mientras las máscaras de luchadores, los sombreros y las banderas danzan junto a la emoción de cada gol.

De 1970 a 2026, México no solo ha sido sede: ha sido puente entre eras, entre dioses y hombres, entre el mito y la modernidad. Allí el fútbol no se juega, se hereda, se transforma y se eterniza. Y cuando el mundo vuelva la mirada hacia el corazón de América, comprenderá que ahí no solo se juega al fútbol: se consagra, entre ofrendas de alegría y el espíritu inquebrantable de su gente.

Porque en esa tierra donde la pasión no se apaga y la memoria no olvida, el balón encontró su eternidad. México no solo abrirá sus puertas al mundo, lo hará suyo, con la fuerza de su cultura, la música de su alma y la devoción de su gente.



El Maipo/Prensa Latina